

Fue una persona extraordinaria. Y en igual medida un arquitecto de excepción.

José Antonio Coderch, es sin duda, una de las más brillantes referencias de la Arquitectura española de este siglo que ya termina y su obra un permanente paradigma.

Ahora, al evocar su memoria aparece ante mí enjuto, alto, con la mirada brillante de inteligencia y de pasión, agudo, llameante en sus reacciones y en sus frases tajantes como latigazos, intuitivo, honesto hasta el sacrificio, exigente para los demás y para consigo mismo, cordial con sus amigos, maestro para todos.

Era un artesano que amaba su oficio de Arquitecto desde el conocimiento de su realidad profunda, y no desde la falsa brillantez de las palabras, atento a la naturaleza de las cosas, sensible a las texturas de los materiales, enamorado del buen hacer, cuidadoso de la proporción, intuidor y constructor de espacios, receloso ante las teorías abstractas propuestas con acento de profecía, con odio hacia las palabras vanas encubridoras de la realidad, arropadas con acentos de dogma. La Arquitectura era para él construir seria y apasionadamente espacios para la vida, a la que hay que arropar de belleza, de elegante expresividad, nacida de la sobriedad de una expresión controlada, enemiga de lo superfluo.

Construir con la mirada atenta a las lecciones de la historia y al mundo en el cual la Arquitectura se enraiza, sin establecer límites de tiempo, sin frontera entre el ayer y el mañana.

Esta clara y exigente actitud hizo de Coderch el más creativo e innovador de los arquitectos de su momento, libre de la servidumbre de los lugares comunes y de las modas banales que él rechazaba con igual ardor que los historicismos estériles.

A su atención, comprometida con la realidad, no podían escapar las exigencias que imponían a su circunstancia inmediata o lejana, la constante renovación a que la sociedad está sometida ni las nuevas posibilidades que a su entorno se ofrecían; pero su conocimiento de la historia y su vocación artesana hacían de esas circunstancias no sólo objetos de cuidadoso estudio, sino estímulo de constante investigación sin dar a esta palabra el equivoco sentido de arriesgadas aventuras.

Su constante y meditada crítica de los dogmatismos arquitectónicos hicieron de Coderch un adelantado de quienes muchos años más tarde pondrían a revisión los radicalismos del racionalismo arquitectónico.

Así, desde su sinceridad y lúcido análisis, José Antonio Coderch supo dar forma, antes que tal vez ningún otro arquitecto en España, a nuevas formulaciones recuperadoras de valores despreciados por los dictatoriales progresismos vanguardistas, desde el entender profundo de las cosas que siempre descubre, matices no descubiertos, palabras no dichas, lecciones que aún no han sido dictadas.

Sus casas, tan distintas y tan bellas no son sino fruto de vieja sabiduría hecha realidad en un tiempo nuevo, casas de siempre fundidas en su tierra y en su luz reflejando en el mar de las Calas de Gerona los materiales de siempre, animados de un renovado entendimiento.

Casas, de nunca antes y para siempre jamás, nacidas de la inteligencia de una búsqueda apoyada en el entender y en el sentir, fiel al quehacer creativo, que es como decir fiel al propio tiempo y a la tierra en que cada arquitectura se enraiza.

Trabajador incansable de una búsqueda nunca interrumpida, no sintió demasiado afecto por los *profetas* de la creación *ex novo* que pretendían y aún pretenden romper con la historia, convirtiendo la investigación arquitectónica en riesgo *que otros tendrán que pagar*.

*No son genios, lo que se necesita*, dijo y repitió mil veces, sino arquitectos que trabajen hasta el agotamiento sobre sus mesas para encontrar solución a los concretos problemas que reclaman nuestro esfuerzo.

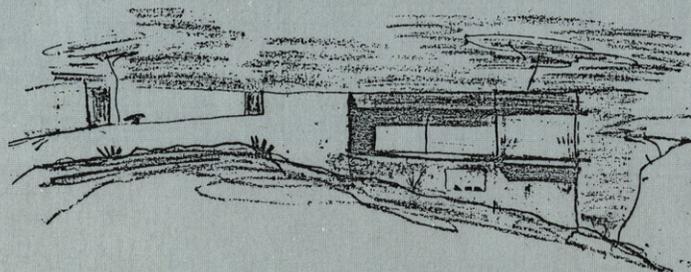
A Coderch, nunca le importó estar en *la ola* de las ideas nuevas, o de las nomenclaturas indiscutibles y fue precisamente, así, desde ese desinterés que él fue *ola* en la que saciaron su sed muchos jóvenes arquitectos que aprendieron de su decir y hacer la lección necesaria, limpia de prejuicios, enemiga de recetas, libre de compromisos.

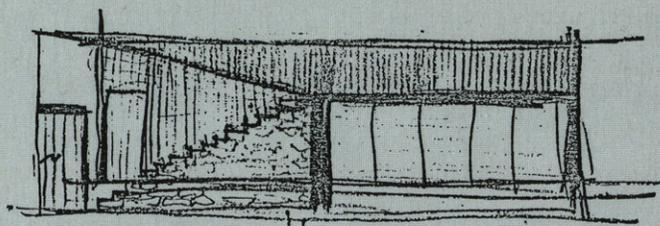
Coderch sólo mantuvo el exigente compromiso personal de entender la vida (y también la muerte), desde su esencial entidad de hombre entregado a la apasionada búsqueda de la perfección, con igual empeño en lo grande y en lo chico, con esa mirada introvertida que penetra raudamente la realidad para encontrar en el esfuerzo personal la solución exacta que funde el ayer con el mañana y que tal vez constituye la anticipación que no siempre se ha sabido ver en su obra.

Al escribir ahora estas palabras, que mi admiración, y afecto a José Antonio Coderch no podían negar a quienes me las han pedido conociendo mis sentimientos, me doy cuenta de cómo y en qué medida no es posible separar su obra de su vida, apasionadamente vivida, en la que se fundieron el hombre y el arquitecto; porque la Arquitectura fue su dolor y su alegría, aunando pasión y serenidad en trepidante impaciencia, cargada de componentes éticas, que convertían en furor humano el rechazo a tanta torpeza, pedantería, tópico y zafiedad del entorno que le hería.

Muchos no le comprendieron y tal vez nunca le comprenderán, ni los que se venden ni los que se dejan comprar, ni los que transigen con la obra mal hecha, ni los que no entienden que se pueda vivir sin fisuras los que no se exigen, los que odian, los que envidian o los que copian.

Como no le comprenden tampoco quienes no alcanzan a entender que pueda producirse esa integración que en Coderch fue tan plena, entre impaciencia y serenidad, entre búsqueda y seguridad, entre





el respeto hacia las permanentes lecciones de la Historia y el desprecio más absoluto por las recetas que se repiten.

José Antonio Coderch formuló, con moderna precisión y claridad, algunos de los conceptos que más tarde han venido a formar parte de nuestro cotidiano lenguaje: tradición viva, Arquitectura enraizada, entrega al oficio de Arquitecto y tantos otros que por sí solos justificarían nuestro agradecimiento.

El, que fue un gran *creativo*, jamás rompió con la Historia ni aceptó la afirmación de la necesaria ruptura, adelantándose así a muchas ideas que hoy se presentan con aires de retador progresismo y supo ser, desde su lúcida crítica, protagonista de una Arquitectura que le apoya en siglos de cultura dando vida precisamente por ello a nuevos modos y formas nuevas.

Causa asombro descubrir cómo resuena en su obra, una forma de entender al hombre que hoy comienza a ser de nuevo apreciada, desde su lejana proyección histórica, no como individuo aislado en su libertad, sino como persona que resuena y se explica en el entorno de donde toma su realidad.

Como también, resonaba ya en su obra cuando tantos *ismos* pretendían monopolizar el prestigio de la nueva Arquitectura, memoria de la historia, la memoria (nunca fotografía) del pasado, como apoyatura para la nueva creación; la tradición viva entendida en su único sentido posible, como exigencia operativa y fundamento del saber entroncado en el inconsciente colectivo de los pueblos y de las distintas comunidades sociales.

Porque amaba el quehacer ensimismado, aunque él no conoció demasiado sosiego; porque se recreaba en el hacer artesano de su trabajo cotidiano, aunque en él toda forma era resultante de un entender y un hacer preñado de impaciencia; porque miraba hacia su entorno sin que en él nada hubiera de conformismo o de pintoresquista complacencia; por todo ello y por tantas cosas más, José Antonio Coderch fue y seguirá siendo un ejemplo a seguir y una lección que admirar.

El fue una de las inteligencias más lúcidas que han alumbrado la Arquitectura española de este apasionante y doloroso siglo XX, inteligencia que no necesitó de conformarse a modelos para brillar, sino que descubrió en el entrelazo de sus propias ideas el camino de un constante descubrimiento.

El fue y es para quienes le conocimos y admiramos un ejemplo de hombre, que jamás traicionó sus propias ideas, ni renunció de su propia aventura personal; que supo guardar sus lealtades; que a nadie engañó y que pagó un alto precio por su irrenunciable libertad.

El fue mientras alentó, la antítesis del equívoco y del engaño, de la escalada sobre el mérito ajeno o la propia inercia.

El fue un hombre que no supo, o no quiso, otra manera de actualizar sus potencias que siendo Arquitecto y así hombre y Arquitecto recorrieron identificados el mismo camino.

El rechazó todo dogmatismo y quiso vivir el riesgo de su andadura de hombre, inseguro, a la búsqueda de la seguridad que perseguía y que rechazaba cualquier adscripción a modas del momento. Fue un hombre entero, creador desde el esfuerzo y el conocimiento, creador desde el análisis y estudio de la realidad y no desde las palabras engañosas o los frágiles intelectualismos manipuladores.

Fue en la vida, en la que creía apasionadamente entendida como lugar de encuentro de lo inmanente y de la trascendencia, de contradicciones y de complejidades, donde él encontró la constante e inagotada fuente de su inspiración, que como le oí decir un día, nos encuentra siempre trabajando, sometiendo a prueba la vieja sabiduría y la sabiduría renovada.

Poeta de lo concreto, que buscaba la fuente de la creatividad no en la fantasía de lo imposible, sino en la poética de lo realizable y ponía en el pequeño detalle la misma pasión que reclama la más importante de las Arquitecturas, supo a través de ese camino cotidiano dar nacimiento a una obra que ha llenado más de 50 años de Arquitectura española con ejemplos de la más alta calidad.

José Antonio, amigo mío y maestro, cuantas veces echo de menos tus brillantes palabras, tu ejemplar manera de entender nuestro común quehacer de arquitectos; tu exigente crítica; tu cálido y entrañable afecto y tu apasionado y lúcido razonar que tantas veces me llevó hasta tu *despacho*, cuando era un joven profesor, acompañado de mis alumnos, en tus años difíciles, para que fueras ejemplo —aún a pesar tuyo— de mí y de quienes conmigo se llegaron para conocerte y para poder guardar el recuerdo de tu excepcional calidad de hombre.

Esta misma tarde tu Girasol abierto al sol de la meseta y sobre mi mesa la fotografía que me mandaste en la Navidad de 1978, han traído hasta mí el eco de tus palabras.

También tú, como Machado, cantabas tu canción para los que contigo querían caminar, iniciáticamente, hablándoles desde el arcano de tus ocultas enseñanzas, desde tus muros y tus terrazas, desde las persianas y tejados de tus simples o complejas arquitecturas, desde la elegante y difícil simplicidad de tus calmos interiores que guardan el eco de la pasión que les dio vida y tu oculta palabra para quienes quieren retomar el camino del viejo, nuevo y noble quehacer del artesano y del maestro que tú nunca dejarás de ser.

De ti aprendí la duda ante lo excesivamente racional, lo excesivamente cierto; el rechazo de un concepto de verdad que excluye otras verdades. Gracias a ti, quise ver la arquitectura como tú la viste, ni sólo arte, ni sólo técnica, compleja y contradictoria pasión de un quehacer que usando de esas herramientas hace su camino pensando en el hombre que se debate en el misterio.